

en su rostro que le delata
y habla por él: está muriendo aquí
en la luz que le invade en este instante.

José Agustín Goytisolo

Mejor guardar las migas

Esta tarde en la que llueve sobre nuestros panes
la vida nos mira pequeños y sin sombrero.

Regresas por los Campos Elíseos,
te alejas, partes
y quisiéramos acompañarte a tu costado
—porque «esto tiene muchos siglos»—,
palpar la altura de nuestra muerte,
la hondura de nuestro plato.

Esta tarde queríamos entender que la vida
nos mira, hermanos huérfanos,
cocinando con esmero las horas,
mendigando azúcar para el café;
que la vida nos ve escarbar por los rincones,
contar la oscuridad de nuestros días,
abrir viejos relojes,
huir de la miseria,
esperar.

Te acercas, nos haces una seña,
la tarde se aviene a que entendamos
—«porque no hay valor para servirse de estas aves»—,
a que transitemos por el pasillo,
nos saludemos en la cocina
y ¡por Dios!, cuánto alboroto por tan poco.

Como decíamos, hoy llovía sobre nuestros panes
y la vida nos observaba con misericordia,
con nuestra muerte y nuestro café.
Entonces, mejor guardar las migas, despacito,
que mañana, quién sabe.

Guadalupe Grande

Homenaje a Vallejo

—I—

Los días jueves...

Ante el dolor, los nervios encogidos
 por la eléctrica rabia de la carne,
 piden que pase el latigazo ciego.
 El aire retenido en la garganta
 sale de pronto, y en la turbia aurora
 de esta ciudad vecina de la muerte
 el corazón detiene su camino.
 Es París, jueves, una casa oscura,
 el constante aguacero precipita
 la llegada del miedo.
 Ese dios caminante ha detenido
 sus pasos en la puerta.
 El día tuvo los símbolos finales,
 dispersó sus palomas agoreras
 y la ráfaga gris lamió los muros,
 azotó la ventana y, ya sin fuerza,
 acumuló su polvo vulnerado
 debajo de las puertas.
 La muerte, más fuerte que la pena,
 más poderosa que el dolor constante,
 fue la dueña y señora del momento.
 Así te fuiste, pero al poco tiempo,
 en el cielo sin nubes de tu calle
 se escuchó claramente el paso terco
 de un burro celestial que te llevaba
 a los tranquilos montes.
 Era el burro peruano del Perú;
 su paso suave, la infinita dulzura
 de sus ojos, los maltratados lomos,
 su tristeza, la tenaz decisión
 de subir cerros.
 Así volviste y vuelves cada día
 sobre todo los jueves...
 cuando llueve...

—II—

Americanos en Europa

Pensando en Tu Fu

Nosotros, los nacidos en las tierras de América, acostumbrados a perder nuestros ojos

(como en López Velarde),
 el hombre y sus canciones,
 su trabajo y su hambre.

Tu poesía, como el pan,
 es siempre diferente
 y es la misma.

Te decimos ayer
 y hoy te decimos.
 Cada vez que lo hacemos
 tú reescribes,
 cada vez que te amamos
 tú renaces.

Qué corta es la victoria de tu muerte,
 qué largo es el camino de tu verso.

Hugo Gutiérrez Vega

C.V. (1938-1988)

Y qué decir de César
 Vallejo.

A estas alturas
 de nuestra nimiedad
 qué decir
 de su campana ronca,
 su vena lastimada,
 su uva, su oliva,
 su espiga y su grano
 de maíz.

Prestadme su cuchara,
 su mole de ruina,
 su mancomunidad
 de corazón
 si es que tenéis memoria:
 una vieja rezando
 por todos nuestros vivos
 laterales,

Perú rojo en el mapa,
 una llanura inmensa
 vertical
 como el pecho raigón
 de un campesino.

A cholo muerto
 puente despeñado,
 misal sin yerbabuena
 con un niño
 sin oriente de juego.
 Ni en sueño dirigido
 los juguetes, César
 Vallejo.

Ni en sueño
 programado.
 Sólo el llanto, la lágrima,
 el tesoro perplejo
 de primogenitura en eriales.

En medio siglo muerto
 caminamos.

Antonio Hernández

Poesía vertical

Un poema para César Vallejo

Murió mi eternidad y estoy velándola.
 ¿Muere también la eternidad?
 ¿De qué manera muere?
 ¿Y cómo se la vela?
 ¿Con una sola vida o con más vidas?
 ¿Con los dos ojos o con uno solo,
 para poder quizá velar la vida con el otro?
 ¿Con la cabeza abajo del sombrero
 o arriba del sombrero
 o sin sombrero para siempre?

No pudimos acompañarte entonces
 a velar tu eternidad.
 Pero la velaremos ahora,
 la tuya tuya
 y también la eternidad que nos dejaste
 y que lo mismo debe ser velada.
 Por ejemplo, ciertas cosas como ésta:
*Me moriré en París con aguacero,
 un día del cual tengo ya el recuerdo.*
 O la otra, que siempre nos desvela:
la llave que va a todas las puertas.

Para eso, seguiremos sin apremio
 las huellas imposibles
 del sitio aquel que descubriste:
*Hay un lugar que yo me sé
 en este mundo, nada menos,
 adonde nunca llegaremos.*
 Pero allí, por supuesto sin llegar,
 como a nada se llega,
 velaremos mejor tu eternidad.
 Y velaremos además tu tiempo,
 aquél que se dio vuelta en tus palabras
 como en un libro diferente,
 con las tapas adentro y las letras afuera,
 de un texto que siempre está esperando,
 quizá también en ese espacio
 del que después dijiste: ^í
*Mas el lugar que yo me sé
 en este mundo, nada menos,
 hombreado va con los reversos.*

Como todas las cosas,
 con el revés auestas,
 con el lado olvidado,
 con el signo hacia nadie,
 el signo naturalmente signo
 que sin embargo sirve para todos,
 con el signo que tú recuperaste
 para velar también la vida, aunque se muera,
 (tal vez precisamente porque muere),
 para velar tu eternidad resucitada
 entre aquellos trabajos que emprendías:
*unto a ciegas en luz mis calcetines /
 y de cada hora mía retoña una distancia /
 éste es mi brazo*

*que por su cuenta rehusó ser ala /
y subo hasta mis pies desde mi estrella.*

Murió tu eternidad y la velaste.
Volvió a nacer tu eternidad
y la velamos.
Ahora podemos repetir contigo:
*Dios mío, prenderás todas tus velas,
y jugaremos con el viejo dado.*

Roberto Juarroz

César

A diferencia tuya tuve, César
la misma y otra sed de apurarme, en España
no en cáliz pero en vaso;
de echarme a vivir allí con-verso y todo
No madre pero eterna, pensé, quizá, equivocadamente
a la Señora vuelta, ahora en sí misma, a todas las Europas
Quise, Vallejo, disfrutar
a la que tanto te dolió —junto a otros sudacas
como en ella les llaman con injusticia, a veces—
Y no era tiempo.
Nuestra imposible semejanza termina aquí frente al bifurcado
camino que entró contigo al mito de España
y el que, en la realidad, no llega a ella
por las menesterosas razones de costumbre.
Pero, igual, tú eres César
a mí me representas, no yo a ti
Y estás en todas partes.

Enrique Lihn

Cuando dos maletas llegan a Dios

Un traje que vacío aprende a ser mortaja
transita mar adentro, calle abajo, aire arriba:
lleva sus dos maletas, una llena de *siempre*,
la otra donde se alojan un *no sé* y un *jamás*.

El tiempo es una cárcel de anillos fatigados,
el tiempo tiene púas, escamas y fronteras
lo mismo que un erizo, un pez o un país pobre,
y el traje lleva dentro una antigua nostalgia.

Firmó un contrato ante el notario del miedo
con la Humanidad, sola y múltiple gavilla
de espigas que se aprietan por antes cercenadas
y le ofrece su burla o acaso su desprecio.

Se relaciona a oscuras con algún cuerpo amante,
un sexo de mujer o tumba que reclamó,
y cierra las ventanas del amor que chirrían
por las enmohecidas bisagras de la especie.

Deja atrás a la madre como un dulce pan huérfano
y la cocina ruin donde el hambre es dios niño
y un sábado de harapos trae su desesperanza
su voz hecha tristumbre, que es tristeza y es cólera.

Vuela todos los puentes de la expresión y cruza
a nado el grave río de la palabra a ciegas
mientras son las imágenes poéticas centauros
que avanzan lentamente y van a lo invisible.

Cerca del *siempre* alienta un poema de símbolos
y un viaje perdurable sin estación de tránsito.
El *siempre* son los versos del himno o la elegía
que suscribe la mano de un pobre amanuense.

Debajo del *no sé* un hombre hay que se apresta
y detrás del *jamás* una muerte de espaldas.
El *no sé* es una ciencia que nos abre los ojos
y el *jamás* una luz que se apaga de súbito.

El hombre entre los polos del *siempre* y del *jamás*
va tocando en pianos que viajan hacia el llanto
la música del muerto que lleva entre sus ojos,
del vivo que respira como una pena sorda.

A veces firma cartas para absurdas trincheras
 en donde se desangran la paz y la alegría
 y unos pequeños héroes, vueltos menudos signos,
 ordenan sus mensajes en botellas sin mar.

Las manos colectivas hacen saltar candados
 o manejan las llaves de las tumbas
 y un pueblo que tenía esperanzas de hombre
 va y se asoma a los ojos del poeta.

Los místicos del XV
 y los grandes del siglo XVII
 pugnan por renacer en gentes sublevadas
 hasta tocar los vasos de la sangre.

Unos mismos zapatos vendrán justos
 a los hombres de todos los caminos
 y subirán las mismas escaleras
 en la ascensión colérica del sueño.

Ciegos, sordos, tullidos, ignorantes
 verán, oirán, caminarán y sabios
 reharán el testamento de los que sin fortuna
 rubrican el legado del sacrificio libre.

Así que se despoja de su traje
 del *siempre* y del *jamás* el hombre oscuro,
 aunque ya sabe bien que en el armario
 no hay más percha, al final, que la tristeza.

El hambre y la ignominia, impías zurcadoras
 de trajes colectivos, nos reúnen
 porque nos ponen viejos uniformes
 y hay un desfile áfono de sombras olvidadas.

El *siempre* y el *no sé* y el *jamás*, son maletas
 en la estación del hombre, hacia dos —o hacia Dios.
 Equipaje que lastra el rumbo del destino.
 Y entra César Perú. Y salen plumas.

Leopoldo de Luis